



Las abandonadas

J. D. Barker

DESTINO

Las abandonadas

J. D. Barker

Traducción de Julio Hermoso

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1710

Título original: *Forsaken*

© Jonathan Dylan Barker, 2014

Todos los derechos reservados

© por la traducción del inglés, Julio Hermoso, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: julio de 2025

ISBN: 978-84-233-6813-6

Depósito legal: B. 10.578-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

Día 1 – 1:13

El frío de la noche se le clavaba en la piel ante el aullido del viento que pasaba en un quejido entre las ramas desnudas justo al otro lado de la ventana. Rachael tiró de las sábanas, se las ciñó alrededor del cuello y se deslizó hacia el lado de su marido en la cama en busca de su calor. No estaba allí, sin embargo. Descubrió que estaba sola.

—¿Thad? —dijo en un suspiro.

La habitación le respondió con otro susurro cargado con toda la furia de la tormenta en aquella noche, un susurro duro y amargo teñido del tono hueco de un lugar que carece de vida, desprovisto de la seguridad que proporciona el hecho de saber que tienes cerca a un ser querido.

Rachael miraba cómo su aliento se quedaba suspendido en el aire gélido, una nube blanquecina engullida por la oscuridad a su alrededor. Observó cómo desaparecía y lo sustituía la bocanada siguiente.

¿Se habrá estropeado la calefacción?, se preguntó. Ya se habían acostumbrado a esta clase de proble-

mas de la vida en una casa antigua, aunque la caldera nunca les había fallado hasta ahora.

El viento ganaba fuerza en el exterior, cada ráfaga más ruidosa si cabe que la previa, como si estuvieran atrapadas en una extraña forma de concurso de potencia y no quisieran verse superadas por las demás. Las gruesas ramas de los robles alrededor de su modesta casa se inclinaban y arañaban las paredes y el tejado.

Rachael se levantó de la cama, y el bebé en sus entrañas soltó una patada de protesta por el movimiento repentino.

—Vale, vale, amor —dijo Rachael—. Solo vamos a dar un paseíto.

Estiró el brazo hacia la bata de seda que la noche anterior había dejado sobre el respaldo de la silla del tocador, pero tampoco le ofreció mucho calor contra el frío glacial del aire en torno a ella.

Llevó la mano a la pared, y sus dedos recorrieron a tientas la superficie lisa hasta que dieron con el interruptor. Lo pulsó, pero no sucedió nada.

Se habrá ido la luz, se dijo.

—¿Thad? ¿Dónde estás, cielo? —Esta vez lo dijo más alto que la primera, pero no tanto como para despertar a Ashley, que seguramente seguía feliz y acurrucada bajo su edredón de Winnie the Pooh en su cuarto al final del pasillo.

Con la pared como guía, Rachael fue recorriendo el pasillo y se detuvo ante el despacho de su marido.

¿Qué hace la puerta abierta? Él siempre la cierra.

Esperaba encontrárselo allí, pero supo que la habitación estaba vacía incluso antes de que la vista se

le acostumbrara a la densa oscuridad. Su manuscrito más reciente, a medias en esos momentos, se encontraba junto a la pantalla de su ordenador. A su lado, prácticamente de la misma altura, se apilaba otro montón de papeles en blanco que aguardaban a recibir el texto y poder pasar así al otro montón. Junto a ambos montones había un diario antediluviano en el que Thad guardaba las notas de todos sus proyectos. Fue ella quien le consiguió aquel viejo librito, una década atrás, en una pequeña localidad costera. Era una reliquia del pasado que antaño había pertenecido al escribano municipal de algún pueblo perdido en la memoria, con unas tapas del cuero más suave, encuadernado con alambre muy fino.

Rachael frunció el ceño. No era propio de él aquello de dejarse el diario fuera, de ese modo...; es más, rara vez lo perdía de vista, ni por un instante. Rachael había llegado a considerarlo como una especie de manta de apego, como un refugio del mundo a su alrededor. Se pasaba las horas perdido en sus páginas, garabateando con el bolígrafo o, a veces, releendo sin más la tinta descolorida de unas entradas escritas mucho tiempo atrás. En aquellas páginas, Thad había encontrado los fragmentos de lo que se había convertido en su primer bestseller, y ahora, nueve novelas después, su nombre volvía a estar en lo más alto de la lista de superventas del *New York Times*. El día anterior estaba en el número uno por cuarta semana consecutiva.

Rachael sabía que su última historia había salido de las páginas de aquel diario, exactamente igual que las que la habían precedido.

De algún lugar entre sus tapas había surgido la idea que había desembocado en lo que el *Chicago Tribune* había calificado de «Obra maestra del terror, para morderse las uñas. *El diario* es una escalofriante mirada a la mente de un loco durante ochocientas sesenta y tres páginas». Thad le había restado importancia a la reseña, y ni siquiera se había molestado en terminar de leerla. Lo que hizo fue regresar a su despacho y perderse en el proyecto que tenía entre manos, con el diario a su lado y el traqueteo del teclado haciendo añicos la quietud de una casa que, por lo demás, guardaba absoluto silencio.

Era una droga para él, vaya si lo era.

Clíqueti, clic, clic, clic... Rachael podía oír el eco incluso ahora.

Clíqueti, clic, clic.

—¿Thad? —repitió, aunque ya sabía que no estaba por allí cerca.

Él nunca lo dejaba desatendido... Jamás.

Todo esto empezó con ese diario; acabará con ese diario..., esa maldita antigualla.

La idea le vino a la cabeza como cualquier otra: nueva en apariencia, aunque Rachael sabía, en el fondo de su corazón, que ya llevaba un tiempo rondando por allí, y solo ahora se veía con el valor suficiente para afrontar la verdad. Ella nunca quiso hacerle daño, no adrede, pero lo había hecho, sabía que lo había hecho. Y le había hecho daño en formas que ni siquiera era capaz de empezar a explicar.

Tenían una vida perfecta. Un cuento de hadas. Aun así, ella sabía la verdad, y eso la devoraba por dentro. Aquella vida perfecta de la que disfrutaban

no se la habían ganado. Había sido un pacto, y el acuerdo estaba a punto de expirar.

Un pacto que ella había hecho sin él.

Rachael alargó el brazo hacia el interior de la habitación, agarró el diario sin pensárselo dos veces y lo sostuvo con fuerza contra el pecho.

Aquello se iba a acabar esa misma noche. Ella se iba a encargar de arreglar las cosas.

El aire se hizo más frío al bajar las escaleras, según avanzaba paso a paso y con sumo cuidado en la densa oscuridad, arrastrando los pies descalzos sobre los escalones de madera fría. Llegó al primer descansillo y se quedó de piedra al oír algo: su nombre, que llegaba reptando hasta ella en la estela del viento, una voz indescifrable, el siseo de una serpiente. Venía de algún lugar del piso de abajo.

Rachael.

Aquella voz la arañaba.

¿Qué estás haciendo, Rachael?

Un cosquilleo le recorrió veloz la espalda, y se ciñó la bata en el cuello en un triste intento por evitar que los frígidos tentáculos del aire helado se deslizaran por su piel.

Agarró el diario con más fuerza si cabe, con los nudillos blancos.

Teníamos un trato, Rachael.

Quiso responder, hacerlo a gritos, decir que no tenía ningún miedo, pero al abrir la boca su voz la había abandonado; tan solo el más leve de los alien-tos salió de entre sus labios resecos.

Al ir recorriendo su camino de descenso por los últimos escalones, el diario comenzó a calentarse en

sus manos. Se puso muy caliente, pero Rachael no lo iba a soltar. No podía hacerlo.

Sin previo aviso o sin que se acercara una sola cerilla, la chimenea del fondo del salón cobró vida. Unas llamaradas iracundas llegaron hasta la mitad de la estancia y de inmediato se retiraron con un rugido violento para envolver con aire acogedor los escasos troncos achicharrados que habían quedado de la noche previa.

Un trato, Rachael.

Al principio Rachael se protegió los ojos de la luz tan intensa, pero después se obligó a mirar, a clavar la vista en aquellas llamas rojas y abrasadoras que lamían voraces la oscuridad. Siguió mirando fijamente hasta que los ojos se le empezaron a llenar de lágrimas, a quemarle, a dolerle casi hasta el punto de ponerse a chillar.

Se merecía el dolor.

Se merecía el dolor por todo lo que había hecho.

La espiral de alambre del diario le cortaba en las manos al apretar con más fuerza aún.

Rachael se descubrió aproximándose a la chimenea, con la mirada perdida en la danza de las llamas.

El último libro de Thad había surgido del diario.

El último.

Y ella lo iba a arreglar.

Respiró muy hondo, lo arrojó al fuego y dio un respingo al ver que las llamas salían en su busca y se apoderaban de él en pleno vuelo. La habitación se llenó de un calor abrasador.

Las ansiosas lenguas de fuego acariciaban el encuadernado de cuero, lo rodeaban con el hambre de

un niño al que nadie alimenta y engullían las páginas en un barullo caótico de rojo y naranja. Los troncos crepitaban y crujían de emoción. Una bocanada de humo oscura y densa surgió del hogar, asfixiando el aire a su alrededor.

Y desapareció.

La chimenea se silenció, y en ella solo quedaron las frías cenizas del fuego del día anterior.

Se miró las manos; Rachael se dio cuenta de que todavía estaba sujetando el diario, con tanta fuerza que había empezado a gotear un hilillo de sangre desde el punto donde el alambre se le había clavado en la palma.

—Quiero lo que es mío —siseó una voz femenina, a su espalda.

Rachael se dio la vuelta para enfrentarse a ella, y el peso añadido de su hijo en el vientre la hizo trastabillar en la oscuridad. Se agarró a una mesilla para recobrar el equilibrio en el instante en que sus ojos hallaron la silueta que acechaba entre las sombras del rincón opuesto de la estancia. La mujer retrocedió para deslizarse aún más en la oscuridad. A Rachael tampoco le hacía ninguna falta verla, ya la había visto dos veces antes; dos veces más de lo que deseaba haberla visto jamás.

La temperatura en la habitación había descendido, la rodeaba un frío entumecedor. Rachael se volvió a ceñir la bata, pero de poco sirvió.

—Quiero lo que es mío —repitió la mujer, esta vez más alto, con más enfado.

Su rostro surgió a la luz de la luna por un breve instante, y Rachael sintió unos deseos desesperados

de apartar la mirada, de apartarse de la espantosa criatura de aquel rincón, de apartarse y olvidar lo que había ido a hacer al piso de abajo, de olvidarse de todo. Pero no pudo. Permaneció inmóvil, estremeciéndose mientras la voz le ascendía lentamente por la espalda. La mujer se escondió un poco más, como si le doliese la luz de la luna, y se retiró a la acogedora penumbra.

Unas uñas largas y blancas sobresalían de sus dedos huesudos entrelazados y hacían el sonido de un tecleo al golpearlas entre sí con un ritmo nervioso.

Una gota de saliva cayó de sus labios y se consumió con un siseo al tocar el suelo de madera barnizada.

—Es que... es que no puedo —tartamudeó Rachael—. No puedo hacerlo.

La mujer masculló las furibundas palabras de una lengua olvidada mucho tiempo atrás, y cada sílaba raspaba en aquella garganta ronca conforme las escupía. Las últimas seis palabras las encadenó con rapidez.

—Ya no es tuya esa decisión.

Rachael dio un respingo cuando el alambre se le clavó aún más. Intentó dejarlo caer, pero se vio incapaz de soltarlo.

—Tres días —le dijo la mujer—. Y el bebé será mío.

La luz de la luna se adentró más en la habitación, y la mujer pareció hundirse más aún en el rincón para desaparecer del todo en el abrazo de la noche.

Lo que no desapareció fueron las uñas, con ese sonido siniestro...

Clíqueti, clic, clic, clic... Sonaba más fuerte a cada segundo.

Clíqueti, clic, clic... Algo muy parecido al tecleo de su marido.

Un dolor repentino se apoderó de su abdomen, y Rachael se dobló sobre sí misma al tiempo que se agarraba al marco de la puerta. Un fuerte quejido escapó de entre los labios.

Sintió que caía, caía.

El diario se le cayó de la mano y se perdió de inmediato en la oscuridad bajo sus pies.

Quiero lo que es mío.

—¡No! —gritó, y su voz se perdió en el turbio mar de negra oscuridad a su alrededor.

—¿Rachael? ¿Te encuentras bien?

Sin aliento, ella se incorporó en la cama de un respingo, cubierta de sudor.

—¿Otra patada del bebé?

Desorientada, Rachael miró a su alrededor, mientras su dormitorio se iba haciendo cada vez más nítido en la mirada de sus ojos llorosos.

Estaba en el piso de abajo.

Estaba en el salón.

El diario, tenía que encontrar el diario.

—Cielo santo, estás sangrando...

—¿Qué? —dijo Rachael en un suspiro.

—Te sangra la mano... No te muevas...

Thad saltó de la cama, salió disparado hacia el cuarto de baño y regresó con una toalla húmeda.

Era un sueño...

Todo había sido un sueño...

—Dame esa mano —dijo Thad—. Déjame ver.
—Tomó la mano de Rachael y comenzó a limpiarle la sangre—. ¿Qué has hecho?

—N-no sé —balbució—. ¿Tiene mala pinta?

Thad negó con la cabeza.

—No parece. Creo que ya ha dejado de sangrar.
Es que había mucha sangre...

Hasta ese momento, Rachael había resistido el impulso de mirarse la mano.

La levantó en la penumbra de la habitación, hacia el fino haz de luz de luna que entraba por la ventana. Se obligó a examinar aquellas pequeñas marcas rojas que tenía por toda la palma, de arriba abajo, en un recorrido que iba desde la base de la mano hasta el índice, rosadas e hinchadas.

Notó el dolor e hizo una mueca.

—Es como si te hubieras hecho un montón de cortes con papel —afirmó él al examinar la herida a la luz—. A ver si encuentro algo para vendártela.
¿El botiquín sigue en la cocina?

Rachael asintió con la cabeza.

—En el cajón al lado del frigorífico.

Thad desapareció por la puerta del dormitorio y se dirigió hacia las escaleras.

Llegó de sus entrañas el dolor sordo de una patada del bebé: lo hacía mucho últimamente. Ella no era la única que apenas había descansado esa noche.

Se llevó la mano a la zona dolorida, y se masajeaba el vientre con cuidado justo cuando el bebé dio otra patada, esta vez más fuerte que la anterior.

—Chiss —le dijo al bebé—. Ahora descansa, que te queda bien poco para salir.

Fuera, los relámpagos daban fogonazos en el cielo nocturno; las manos nudosas de un roble ancestral reptaban por la pared en una sombra disparatada que se metía en el dormitorio con desesperación.

El reloj junto a la cama marcaba las 5:13 de la mañana.

Faltaba poco para que saliese el sol.

Rachael deseaba que saliera ya. En ese instante lo deseaba más que cualquier otra cosa, pero cualquiera diría que la noche se cerraba todavía más, incluso ahora que cambiaba el reloj a las 5:14.

La mano le latía, y en el fondo de su imaginación aún sentía el frío metal del alambre del diario de su marido, mordiéndole la piel. Seguía oyendo el extraño tecleo de las uñas de aquella mujer que había invadido su sueño.

El corazón le martilleaba con fuerza en el pecho. *Tres días*, había dicho la mujer.

Tres días.

La mano buena envolvió al bebé en su seno.

Thad regresó al dormitorio sin más objetivo que ayudarla, con una sonrisa bobalicona en la cara.

—Vale, dejemos trabajar al médico.

—Eres un encanto —dijo Rachael.

—¿No recuerdas cómo te has hecho esto?

Rachael hizo un gesto negativo con la cabeza.

—A lo mejor me he levantado en plena noche y me he cortado con algo al intentar mantener el equilibrio. Mira que estoy torpe. No dejo de tropezar con

mis propios pies. He perdido el sentido del equilibrio. Me siento como un tentetieso gigante.

—Tienes un aspecto magnífico —le dijo Thad con un beso en el cuello.

—No quería despertarte.

Thad suspiró.

—Ya estaba despierto. El viaje de mañana, el libro, la posibilidad de otra película... La cabeza no se me desconecta el tiempo suficiente para poder dormir. Si este acuerdo termina saliendo tal y como dice Del, tenemos la vida resuelta. Los números de los que habla son de locos —dijo mientras le daba unos toquitos en la mano con un algodón empapado en alcohol—. Podemos vender esta casa y buscar algo mejor. Ya va siendo hora, ¿no? Una mansión en Los Ángeles, o una vieja casa victoriana en los acantilados de Maine, sobre el mar. O puede que ambas. Lo que queramos, cuando queramos..., sin límite.

Dejó el algodón, cogió un rollo de gasa y comenzó a venderle la mano.

—Nada que no sean los mejores colegios para Ashley y para el bebé —continuó Thad—. Cuando nos conocimos, ya te dije que iba a dártelo todo, el mundo entero, y ahora es todo nuestro, listo para agarrarlo.

Rachael forzó una sonrisa.

—Estoy muy orgullosa de ti.

Thad cortó la gasa, le puso un esparadrapo en el extremo, le levantó la mano para llevársela a los labios y la besó con suavidad.

—No habría podido hacer nada de esto sin ti.